

(02039)

## Rumbo a Glasgow

Tras la bronca con María, Sebas salió de casa malhumorado y sin rumbo fijo. Sus pasos le llevaron a donde Manolo, el bar que regentaba el amigo de don Faustino. Hubiera ido hasta la Cafetería La Cama, pero estaba seguro de que aquellos estirados esnobs le pondrían de peor humor con sus pijadas y su refinamiento.

Entró y saludó a los parroquianos sin poder fingir la acritud que le embargaba. Don Faustino estaba sentado al fondo, en el lugar de siempre. Parecía que aquel hombre estuviera abonado a aquella mesa, y Sebas se preguntó dónde se sentaría el profesor el día que estuviera ocupada. Tal vez, en su ausencia, Manolo se la reservaba...

—¡Qué, Sebas! ¿Cómo es que no estás viendo el fútbol?

—Un España-Lituania... no jodas, Manolo. Tengo cosas más importantes en qué pensar.

Al oír esto don Faustino, sorprendido, levantó la vista del tablero de ajedrez que tenía delante, donde se deleitaba, solo, recreando composiciones y otros pasatiempos ajedrecísticos.

—¡Caramba! Pues sí que estás de mala leche si el partido de la roja no ocupa tu mente...

—Qué, don Faustino... Haciéndose trampas para ganar el ajedrez, ¿eh? —Sebas se acercó a donde estaba el veterano maestro.

—Otro día te explico lo que hago, porque hoy no estás tú para entender de sutilezas. ¿A qué viene ese carácter agrio que tan mal tratas de disimular?

Era la válvula de escape que necesitaba Sebas:

—Nada, don Faustino. Otra bronca con María. Y van... No sé lo que durará lo nuestro. Por el Sergio, que si no...

—Bueno, nada es tan grave en una pareja que no pueda solucionarse hablando.

—Sí, ¿con quién? María estará diez días sin dirigirme la palabra, por lo menos.

—Algo habrás hecho de tu parte, Sebas —terció Manolo que se había acercado a la mesa a ver qué precisaba Sebas—. ¿Qué te pongo?

—Ponme... un gin-tonic, y cárgalo un poco.

—Vale, te lo cargo, pero sólo te pongo uno, que el alcohol no te va a sacar de tus problemas. No quiero ni pensar qué te hará María si encima hoy llegas medio merluza a casa —añadió Manolo mientras volvía a la barra.

Tras tomar asiento frente al profesor, Sebas quedó pensativo, taciturno. Al cabo de un rato Don Faustino preguntó:

—Me vas a decir lo que os ha pasado o lo vas a estar royendo tú solito.

—¡Chist! Esto me pasa por querer ser buen padre. Le prometí a Sergio que si aprobaba el control que tenía ayer, este martes que viene le llevaba a Glasgow a ver a la selección.

—¡Toma! —exclamó Manolo que traía el vaso, la tónica y la botella de ginebra para cargar la mezcla a gusto de Sebas—. Si por una mierdecilla de control el premio es un viaje a Glasgow te vas a quedar sin primas cuando el crío te apruebe el curso.

—Lo que yo quería era motivar a Sergio. El martes es fiesta y el lunes, aquí, la docencia —dijo elevando la mandíbula en dirección a don Faustino—, hace puente, que los autónomos tenemos que abrir la persiana igualmente, ¿eh, Manolo? Cuatro días en casa y dos partidos seguidos de la roja. Hoy en la tele y el martes en el estadio. Era un buen plan.

—Sí, bueno, pero no creo que María se enfadara por la propuesta —se impacientó don Faustino que vio que Sebas comenzaba a divagar—. El premio era desmesurado pero la intención buena. Y ya os dije que tenéis que estar más tiempo con Sergio. Seguro que el viaje hubiera servido para acercaros a ambos.

—¿Por qué dice que hubiera servido, don Faustino?

—Hombre, Sergio ha suspendido ese control. ¿O es que no lo ha dicho en casa? —receló el profesor.

—Don Faustino, usted tiene a su cargo veinte o treinta chiquillos, pero yo sólo me tengo que ocupar del mío. Si usted fabrica coches en serie no tendrá apego por ninguno, pero yo si lo tengo por el que me ha tocado en suerte.

—No es lo mismo, Sebas —intervino Manolo—, aunque se entiende lo que quieres decir. Pero os ha dicho el Sergio que ha suspendido o no...

—Pues es que yo viendo la alegría que tenía el crío pensé que la cosa estaba hecha, que lo iba a aprobar, y compré los billetes y las entradas la semana pasada en la agencia que hay en la calle de arriba.

—Hombre previsor... —atinó a decir don Faustino que ya empezaba a barruntar el motivo de la bronca con María.

—El caso es que el Sergio nos ha dicho hoy que le han suspendido el control...

—Típico, Sebas: el alumno aprueba, y el profesor suspende... —se indignó un tanto don Faustino, aunque supo aparentar indiferencia.

—Bueno, que el chico ha suspendido, ¡leche! —prorrumpió Sebas, que ya le estaba empezando a crispas tanta interrupción.

—¡Lástima! Has gastado el dinero... —Manolo se volvió a sus quehaceres—.

Bueno, sólo perderás el billete del Sergio, que incluso mañana igual lo puedes anular y recuperar parte. La entrada, conociéndote, seguro que la revendes a las puertas del estadio —concluyó el dueño, que acodado desde la barra había comenzado a hojear el periódico del día.

Sebas quedó callado por unos instantes, mirándose la punta de los zapatos. Don Faustino y Manolo se miraron por encima de su cabeza, e hicieron el mismo gesto a la vez, como si lo hubieran estado ensayando.

—El caso es que... Bueno, el Sergio tenía tanta ilusión, que... le he hecho prometer que si le llevo conmigo a Glasgow se va a portar bien en casa de aquí en adelante y se va a aplicar en los estudios. Y María se ha *moscao* conmigo. Ha pegado un portazo y se ha metido en la habitación. Cualquiera entra ahora...

Sebas se sumió en un espeso silencio por un largo espacio de tiempo. Cuando pareció que iba a romper a decir algo se le adelantó don Faustino:

—Mira Sebas, te lo voy a decir de manera que lo entiendas, que para eso estás estudiado: has incumplido la regla de oro del sistema de premios y castigos.

Don Faustino quedó callado, y el silencio que siguió se le hizo incómodo al padre. El profe sabía explotar estas situaciones... Finalmente Sebas rompió el suspense:

—¿Y cuál es?

—“Promete lo que estés dispuesto a cumplir, y cumple con lo prometido”.

—Mira, Sebas —llamó Manolo desde la barra—. ¿Has leído esta noticia? Lo del tipo ese que molió a palos a sus padres y luego acabó estrellando su furgoneta contra una zapatería.

—Sí —repuso Sebas despreocupadamente—. Lo he visto en el telediario de la tarde...

—Pues vete pensando en aprender defensa personal. Por el Sergio te lo digo..., macho.

—¡Joder! A la mierda —Sebas se levantó airado—. Sois peor que María. Uno viene aquí en busca de un poco de comprensión y no hacéis más que atizarme en la herida—y arrojó un billete de diez euros sobre la barra al tiempo que enfilaba hacia la salida.

—Espera por la vuelta, hombre —alzó la voz Manolo en falsete.

—Invita a don Faustino —chilló Sebas desde la puerta.

\* \* \* \* \*

Sebas estaba de mala leche... de muy mala leche. María seguía de morros y ni siquiera se había levantado a despedirles. Don Faustino y Manolo le habían tocado los fondos y lo estuvo rumiando todo el fin de semana. Y al madrugón que se había pegado hoy con el chiquillo se le sumaba la retención más que previsible para llegar a Barajas. Y eso que era fiesta... Y además lloviznaba.

Y por si fuera poco el ostentoso BMW de Sebas quedaba en el aparcamiento de la terminal, justo en un codo del recorrido interno del parking, con lo que a la vuelta podía esperarse cualquier cosa: «la gente joven no tiene ni puta idea de conducir; ya ni van a clases, que ahora sólo hacen tests. Carecen de educación vial. Y estos tíos hacen estos aparcamientos tan justos... sólo para coches pequeños, que así caben más y facturan más...». Decididamente el día no empezaba bien. Lo que sí tenía seguro era la victoria de la roja, por lo que supuso que el día tendería a mejorar a medida que llegaba la hora del partido.

Ambos, padre e hijo, vestían la camisola de la selección, y llevaban sus respectivas bufandas para jalear en el fragor del partido. El spray con la bocina había quedado en casa; como para andar más ligeros no iban a facturar alguien le dijo a Sebas que no le dejarían viajar con el aerosol en la mano. Al salir del

BMW atolligó una mochila donde llevaban lo necesario para pasar el día y se encasquetó una gorra del Barça.

—¿Adónde vas con eso papá?

—¡Anda leche! ¿No vamos a ver a la roja? ¿Y no son del Barça la mayoría de los jugadores?

—Vas haciendo el *ridi*, papá. Anda, dejo eso que nos van a llamar la atención...

—¡Toma, leche! Al que no le guste que no mire. A ver si no voy a poder llevar lo que yo quiera. Éste es un país libre. Y además, como a algún escocés se le antoje se la vendo a buen precio; mira, está nueva del todo, y ya me compraré otra.

Sergio se limitó a encogerse de hombros a la vez que enarcaba las cejas, gesto que acompañó chascando la lengua y chistando con los labios. La juventud era capaz de cualquier movimiento por complejo que pudiera ser, pensó Sebas.

Entraron en el edificio de la terminal y enseguida notaron la animación que allí reinaba. El viaje fletado a Glasgow era temprano, porque a los aficionados al fútbol les gusta ir con antelación para hacer turismo: ver el estadio, acudir a la tienda del club local, visitar la zona de pubs y bares de la ciudad, y los más osados incluso acuden a los campos de entrenamiento del equipo anfitrión.

Sebas tomó contacto con su hijo agarrándole por el cuello de la zamarra, como si llevara paseando un perro. El crío ya estaba acostumbrado a esta forma paterna de evitar todo contacto pero manteniéndole controlado.

—No te me vayas a perder —pareció tener que justificarse Sebas.

Divisaron la cola de embarque y hacia allí se fueron sin perder un minuto. Otros hinchas de la roja paseaban por la terminal apurando alguna lata de cerveza matinal:

—Pichi, mira a ese. Con la gorra del Barça...

Sergio levantó la vista hacia su padre con una media sonrisa en los labios; era una forma más que evidente de decirle "te lo dije".

—Que digan lo que quieran. El Barça es "lo puto amo" —restó Sebas importancia al asunto hablando en voz queda para su hijo. Pero en la parte más próxima de la fila se le escuchó nítidamente.

—¿Pero adónde vas, *atonlondrao*? Este avión va para Glasgow a ver a la roja. Los vuelos internacionales para Barcelona son a otra hora.

Sebas fue incapaz de contenerse... total, el chiquillo ya estaba acostumbrado a que su padre defendiera públicamente los colores que le apasionaban.

—¿Qué pasa? ¿Que no te has *enterao* de que el juego de la roja lo ponen los catalanes?

Ahora la fila entera dio media vuelta.

—Ese tío es gilipollas —se escuchó que decían allá delante, desde el otro lado del arco detector de metales.

- A ver, mastuerzo, mucho Barça, mucho Barça, pero quienes juegan son españoles.
- Y con Casillas de portero, y Reina y Villa, que es asturiano —apostilló alguien.
- Ya, ya, pero Villa juega en el Barça, no te jode. Y al Casillas os lo podéis quedar que con el Valdés volveremos a ganar otra vez la liga —Sebas entraba al trapo, contra cuatro o contra cuarenta.
- Papá, ¡calla ya! —Sergio no sabía donde meterse. Además él era del Real Madrid, que era lo normal y lo más cómodo viviendo en Mospintoles.
- No me da la gana. Que se enteren estos. Que yo soy del Barça, y si les molesta mi gorra que no la miren.
- Te la vamos a quemar, por listo —elevó la voz alguien amparándose en la multitud.
- Sí, ya. ¿Tú y cuántos como tú? —preguntó Sebas al vacío.
- ¡Hala!, venga, que los del Barça sois de otro país.
- ¡Anda, leche!, mira éste. Y los del Madrid representáis a Franco.
- ¡Bah!, dejadlo. Estos catalufos siempre están con lo de Franco. No lo van a superar nunca.

Sergio se había ido apartando de la cola de espera y Sebas se fue hacia él, perdiendo su sitio en la fila.

- ¿Qué pasa, Sergio? ¿No te habrás asustado? Ya sabes que esto es lo de siempre. Y que nunca pasa de aquí.
- Ya, papá, pero aquí no nos conoce nadie. Al menos en Mospintoles todos saben como eres...
- ¡Anda éste! ¿Y cómo soy?
- Pues rarito... —respondió Sergio fingiendo desesperación con la mirada y resignación con las manos.

Sebas se quedó pensativo sin saber qué decir, dudas aprovechadas por Sergio para preguntar algo a lo que le daba vueltas desde hacía tiempo:

- Oye, papá; ¿y quién es ese Franco que siempre dices a los del Madrid?
- Un cabrón hijoputa que jodió la vida a toda mi familia... —Sebas comenzó a impacientarse ahora que la cola parecía que avanzaba con más rapidez.
- ¿Pero por qué? ¿Porque era del Madrid?
- No, Sergio. Porque fue un cabrón y ya está...
- ¿Y a la familia de mamá también le jodió la vida?
- No precisamente. A tu abuelo Anselmo le fue bastante bien con él. Y eso que no le gusta el fútbol —ironizó para sí Matute.
- ¿Pero es que el Franco ese era de Mospintoles?

Sebas se quedó mirando al chiquillo. No podía ser que con trece años no supiera nada de la reciente historia de España. ¡Qué cojones enseñarían en el colegio y en el instituto...?

- Mas bien era gallego. De El Ferrol, en La Coruña.
- ¿Pero era del Depor o del Madrid, papá?

—De aquella el Depor como que ni fu ni fa... El carca este era del Real Madrid. O mejor dicho, se hizo del Madrid.

—Natural, papá. Como que es el mejor equipo del siglo XX.

—Más bien él hizo que el Real Madrid fuera el mejor equipo del siglo XX, Sergio.

—¡Hostrís! Entonces me cae de chupa, papá. Pues si que era importante. Seguro que fue presi del Madrid después de Bernabéu.

Sebas suspiró. A lo visto su hijo sólo pensaba en clave de fútbol y ni siquiera tenía claras las fechas.

—¿Sabes lo que te digo, Sergio? Que no vamos a Glasgow.

—¿Quéeee...?

—Mira chaval; no te lo mereces. Te dije que tenías que aprobar y me has traído otro roscó. Tu madre tiene razón. Don Faustino tiene razón. Y Manolo también tiene razón... Pero menos.

—¡Hombre, papá! No me joribies, que yo quiero ver al Torres... Bueno, y al Puyol y al Cesc... —dijo como para contemporizar—. Y al Busquets, y a Iniesta, y a Piqué...

—No voy a picar, Sergio. Si nos íbamos a Glasgow tan temprano era para hacer algo de turismo, que aquello es la cuna del fútbol. Pero no te preocupes, que vamos a ver el partido en pantalla supergigante aquí en Madrid. Rodeados de más aficionados de los que habrá en Glasgow.

—Pero papá... —protestó una vez más Sergio—. ¿Y tu gorra? No la vas a poder vender...

—A la mierda la gorra, Sergio. La voy a dejar en el coche y el turismo lo vamos a hacer en Madrid y alrededores. Te voy a enseñar quién era el Franco ese. Una lección de historia que te va a dar tu viejo gratis. Vamos a ir a ver un par de monumentos y yo te voy a contar la verdadera historia de un golpista sublebadó.

Sergio, que conocía a su padre y sabía de su resolución, lo intentó una vez más:

—Joer, papá... ¿Y las entradas?, ¿y los billetes de avión...? Has gastado el dinero para nada... Nos vamos y me cuentas quién era el Franco ese en el avión.

—Lo de la pasta es cosa mía. Y ahora quiero, y tengo, que enseñarte algunas cosas que sólo se pueden ver aquí en Madrid... Y te contaré algunos secretos familiares que ya tienes edad para saber.

—Cuando se entere mamá te va a caer una gorda, por tirar así el dinero.

—Pero es que mamá no se va a enterar, que-ri-do... —arrastró el padre las palabras sibilamente—. Vamos a volver a casa de madrugada, como si hubiéramos vuelto en el avión de regreso. Y nadie en Mospintoles va a saber que no hemos estado en Glasgow, ¿ver-dad? —al silabear Sebas intensificó su mirada clavándola en los ojos de Sergio.

—Y cuando me pregunte, ¿qué quieres que le diga...? —Sergio representaba el papel de futura víctima de su inquisidora madre.

—Ni te va a preguntar... Voy a estar comiendo morros veinte días por lo menos. O un mes... ¡Al tiempo!

—¿Y cuando vea que no traemos nada de allí?

—No seas retorcido... Si te pregunta le dices que nos robaron en el avión, que nos quedamos dormidos, y ya está.

Agarró a su hijo por la manga de la zamarra y lo condujo hacia la calle, en dirección al BMW.

—Joer, papá, me quedo sin ir en avión. Y todo por el Franco de las pelotas. Pues ahora a mí también me está amargando la vida, como a ti y a tu familia. Que sepas que ya no me cae tan bien...

Sebas se permitió una privada y amarga sonrisa. Y sin darse cuenta de cómo, cuando llegaron al coche iba abrazando a su hijo por encima de los hombros.